

Dark Legend.

—1^a ed. —Walrus global publishing INC

223 p. ; 20 cm. —

ISBN: 55889637412036987521478624934822

~~DARK~~
LEGEND



Título original:
Dark Legend

© Del texto: 2055, Walrus agency.

Getty Images

© Del diseño de cubierta: 2055 Walrus Design

© De esta edición: 2055, Walrus global publishing INC

ISBN: 55889637412036987521478624934822

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual

Dark Legend



¿dedicatoria?

Capítulo 1 – Dark Legend

La taberna era una isla de luz en medio de la negrura de la noche. Dentro, la débil claridad de los candiles apenas alcanzaba a iluminar las vigas ennegrecidas de humo. Olía a cerveza, a fuego de leña y a fritura rancia. Olía, sobre todo, a derrota.

Delante de la chimenea de piedra, donde los resoldos del fuego aún no se habían apagado del todo, un hombre dormitaba tendido sobre una piel de vaca, con un perro a sus pies. Las habitaciones de la posada estaban llenas, y el tipo, que se hallaba de paso, necesitaba descansar antes de reemprender la ruta.

Cerca del mostrador, en una mesa, cuatro soldados jugaban desganadamente a las cartas. Uno de los mozos del establecimiento barría el suelo, mientras el dueño secaba los vasos que acababa de lavar con un trapo que alguna vez había sido blanco. De vez en cuando miraba de reojo al desconocido sentado en la mesa del rincón. Llevaba horas allí quieto, esperando... pero ¿esperando

qué? Solo había bebido una jarra de cerveza especiada en todo aquel tiempo. Y ¿por qué escondía su rostro bajo la capucha de su manto? El tabernero meneó la cabeza con desagrado. No era normal.

La puerta se abrió con un crujido seco que resonó como un trueno en el silencio nocturno. Todos los presentes se volvieron a mirar... todos, excepto el encapuchado.

El tabernero examinó de arriba abajo a la esbelta figura de mujer que apareció en el umbral. A contraluz, era imposible distinguir sus rasgos.

—¿Qué quieres? —le preguntó—. Este no es lugar para ti, y menos a estas horas.

Ella avanzó un par de pasos, y la luz de una lámpara de aceite bañó de lleno su rostro. El tabernero dejó resbalar el vaso que estaba limpiando. Al chocar contra el suelo, el cristal se hizo añicos.

—Señora —balbuceó el hombre—. No os había reconocido.

La dama clavó en él sus ojos grises durante un par de segundos. Luego, dejó que su vista vagase sobre las mesas.

—¿Puedo ayudaros en algo? Para mí sería un honor. Perdonad mi rudeza de antes, os lo ruego... ¿Puedo ofreceros algo de beber?

Ignorando al tabernero, la joven atravesó el local y se quedó en pie delante de la mesa del encapuchado. Los jugadores de cartas la observaban en silencio, impresionados por su belleza. El respeto que le había mostrado el posadero era advertencia más que suficiente para ellos: no debían tomarse ninguna libertad ni dirigirle la palabra. Aunque jamás la habían visto, era evidente que se trataba de una dama de la nobleza. La capa de viaje que la cubría estaba forrada de oscuras pieles, y sus largos cabellos se adornaban con diminutas trenzas, conforme a la moda de la corte.

Los hombres volvieron a concentrarse en la partida al comprobar que no podían oír nada de la conversación entre los dos desconocidos. El tabernero aún estuvo observándolos durante un rato, pero finalmente, aburrido, regresó a sus quehaceres.

La joven se había sentado a la mesa y miraba fijamente al hombre de la capucha.

—Has cambiado —dijo por fin en un susurro—.

Pareces... mayor.

Él sonrió en la penumbra.

—Soy mayor. Han pasado ocho meses desde la última vez que nos vimos.

—Veo que llevas bien la cuenta...

—Siempre.

La dama alargó una mano para retirarle la capucha, pero él se lo impidió, agarrándola firmemente por la muñeca.

—No, Leila. Aquí no. Ni mi rostro ni mi nombre deben ser reconocidos.

Ella sondeó en la oscuridad la expresión grave de sus ojos, los más azules que jamás había visto.

—¿Cómo debo llamarte entonces? —preguntó.

—Peregrino. Es lo que soy ahora, un peregrino.

Ella asintió.

—Está bien. Este no es un lugar seguro, lo entiendo. Pero puedo introducirte en el castillo... Allí estarás a salvo. Todavía tengo amigos, gente leal ahí dentro. No nos traicionarán.

Él calló unos segundos antes de contestar.

—Aunque fuera cierto, no traspasaría jamás esos

muros mientras lord Ambush esté dentro del castillo. No si no es para matarlo. Y para eso no estoy preparado todavía.

—Dark, la guerra ha terminado, tienes que aceptarlo. Lord Ambush no ha sido un vencedor despiadado. Podría haber hecho mucho más daño del que ha hecho, y tú lo sabes.

Él la aferró por la muñeca, sobresaltándola.

—No me llames por mi nombre —susurró—. Dark ya no existe.

Ella se estremeció.

—No hables así. No te reconozco. Me das miedo...

Él retiró su mano.

—Lo siento. No quería asustarte. He soñado con este momento cada noche en los últimos ocho meses. Leila... Princesa... vos no habéis cambiado. Estáis aún más hermosa que la última vez que nos vimos.

—¿Por qué me hablas así, con esa formalidad? Nunca lo habías hecho antes.

El peregrino se recostó en su asiento. Al alejar el rostro, Leila ya no podía distinguir sus ojos, pero

sabía que la estaba mirando con aquella intensidad que a veces conseguía erizarle la piel.

—¿Te trata bien lord Ambush? —preguntó, con repentina frialdad—. ¿Es bueno contigo?

Leila bajó la mirada.

—Siempre se muestra cortés y respetuoso. Se me permite moverme con entera libertad por la fortaleza, como antes. Él quiere... quiere...

Se interrumpió, sin saber cómo continuar.

—Sé lo que quiere, no hace falta que lo digas —murmuró el peregrino. La voz le temblaba ligeramente, o al menos eso le pareció a Leila—. Quizá sería la mejor elección para ti. Dicen que trata bien a los suyos.

—Por favor, no hables así —balbuceó Leila. La quemazón de las lágrimas le hizo parpadear—. No es justo que hables así.

Algo pareció quebrarse en la figura hasta entonces erguida y tensa del peregrino. Sus hombros cayeron hacia delante, su barbilla descendió hasta rozar el cuello. Un mechón de un rubio polvoriento se desprendió de su capucha y cayó sobre su frente.

—Lo siento. Perdóname, es que pensar en él tan cerca de ti me vuelve loco. Si pudiera arrancarte de este lugar ahora mismo, lo haría. Te juro que lo haría.

Ella intentó escudriñar su rostro.

—Puedes. Claro que puedes. ¿Por qué, si no, crees que he venido? Estoy dispuesta...

—No. No, Leila, no puedo aceptar tu sacrificio. Además, te necesitamos dentro. Garold tiene todas sus esperanzas puestas en ti.

—¿Y qué espera que haga? —preguntó la princesa, desesperada—. Estoy sola, rodeada de enemigos. No hay nada que yo pueda hacer.

—Puedes resistir. Y observar. Consigue que confíen en ti, que no te vean como una amenaza. Reúne información.

Leila sonrió, mirando al peregrino con fijeza.

—¿Y eso es todo? ¿Para eso has venido? No era necesario —dijo en tono gélido—. Cualquiera habría podido transmitirme las órdenes de Garold.

—Pedí hacerlo yo. Quería verte. Pensé que... que tú querrías verme.

—Quiero algo más, Dark. Esperaba algo más. No puedo creer que me haya arriesgado tanto para... Él la agarró por los brazos, con fuerza y a la vez con gentileza. Se había inclinado tanto hacia delante que Leila pudo ver por fin claramente su rostro.

Y lo que vio deshizo las palabras que estaban formándose en sus labios. Porque era el mismo Dark de siempre: el mismo brillo inteligente y apasionado animaba sus ojos, la misma firmeza delineaba su mandíbula, atenuando la delicadeza de sus labios.

—¿Crees que he renunciado a ti? —susurró él, abrasándola con la mirada—. Para eso tendrían que matarme. Pero no voy a arrancarte de tu casa en la oscuridad de la noche, como un ladrón o un mendigo. Cuando venga a por ti, lo haré en pleno día y ante las miradas de todos los que se atreven a mirar.

Dark Legend